

con testimonios y documentos fehacientes, y yo conozco el del padre putativo, que ni vos ni madama Gosse no conocéis.

— Sea enhorabuena; hablad con franqueza... á mi me gusta mas eso... ¿no erais un majadero en venirme á amedrentar con vuestras amenazas de la justicia?... Cinco mil es bien poco, y estoy seguro que me robais todavia algunos miles... Pero no importa, podrá uno divertirse algo con sus amigos. Mas cuidado con hacer necedades... ¿eh? Quede pues entendido que es conmigo solamente con quien tratais este asunto, y que «Bebella» no llegará á saber nada.

— Nada absolutamente.

— ¿Y que yo no me veré comprometido?

— Los documentos serán enviados por un conducto anónimo á su destino, si lo quereis así.

— Entonces, vengan esos cinco.

— ¿Y me entregareis la cartera verde?

— Hoy mismo si quereis, y, si tú lo exiges, en seguida. Tiene uno mas malicia de la que tú crees, mi amo, aunque bajo candidas apariencias; hace ya dos dias que sabia yo cuál era la moza que tú andabas rondando. La cartera está aquí bien guardadita... toma y daca... *vomita* los cinco mil del pico.

¡Oh! profesores del colegio Lavertue, ¿qué habriais dicho de vuestro discípulo?

De vuestro discípulo que olvidaba con tanto cinismo la honradez y el francés, y abriendo el cajon de la mesa sacaba de él la cartera verde y se la alargaba á M. Gigant.

Este, por su parte, tenia entre sus dedos cinco pedacitos de papel de seda, de esos que se fabrican en la calle del Banco.

El cambio se hizo con la mayor lealtad, no soltando el uno los billetes sino al mismo tiempo que el otro soltaba la cartera.

Entonces se oyó el chasquido de un fósforo con el cual se encendió un cabito de bugia que en Paris llaman «cola de raton», el cual brilló como una estrella en la oscuridad de la covachuela.

M. Gosse queria ver si los billetes no eran falsos, y M. Gigant si la cartera contenia los papeles.

¡Admirable y tierna confianza!

Los billetes eran buenos y en la cartera habia dos cartas del coronel Fritz que ni dejaban ni podian dejar duda ninguna sobre sus relaciones con Hortensia.

— Ahora, dijo M. Gigant, hacedme otro servicio: es al memorialista al que se lo pido; sentaos y escribid.

Y en seguida dictó lo siguiente:

« Señor conde,

» Cumple al honor de uno de vuestros mas fieles amigos el suministraros las pruebas de la infame traicion de que habeis sido victima.

» Espero que las cartas adjuntas que os remito os ilustrarán sobre la estimacion en que debeis tener al mas íntimo de vuestros comensales y al mas vil de los traidores. »

— « De los traidores », repitió M. Gosse, preparándose en seguida, por rutina, á poner la fecha.

Pero M. Gigant, deteniéndole la mano:

— Nada de fecha, le dijo.

— Ea, pues entonces, ya está concluido, exclamó el « lobo querido. » Bebella va á ponerse furiosa cuando vea que le falta la cartera. ¡Tanto mejor!... *Es una grulla.*

¡Casa de educacion de Lavertue, hé aquí lo que se vuelven tus discípulos!

## VII

## LILIAS.

Mientras que M. Gigant y M. Gosse sellaban su contrato sentados á una de las mesas de aquella famosa fábrica de cerveza que este último conocia, y despachaban un par de botellas del fermentado brebaje, la carretela del conde de Puysaie bajaba al gran trote de sus caballos la cuesta de Passy.

Solamente que madama Gosse no se pavoneaba ya en los mullidos almohadones del elegante carruaje, sino que detrás y bastanté lejos venia tambien caminando en un mal coche de alquiler, arrastrado por un raquitico rocinante no sin grandes esfuerzos.

En el sitio que antes habia ocupado ella en la carretela, veíase una niña preciosa, con largos rizos flotantes, y tan linda como una pequeñita miss de la vieja Inglaterra, el pais predestinado de los niños hermosos y de las ladies feas.

¡Lilias!

La preciosa niña estaba sentada al lado de Loredano, que la devoraba con los ojos, y ya habia aprendido á echar sus bracitos al cuello del conde, diciéndole con esa voz infantil que tiene una agradable melodía, estas dos palabras divinas:

— ¡Papá mio!

Y él, encantado por aquella música celestial, no se cansaba de responderle besando al mismo tiempo sus lindas manecitas y sus sonrosadas mejillas:

— ¡Hija mia! ¡hija mia!

En efecto, sí, Celina tenia razon; esta niña enviada al hogar doméstico del conde, era el consuelo y la sonrisa.

¿Cómo era posible que estuviese triste, cansado, desesperado, ahora que tendria siempre delante de sus ojos esta imágen viva de la juventud, de la alegría y de la esperanza?

— ¡Padre mio!... ¡Hija mia!...

La carretela corria, y corria levantando en su veloz carrera nubes de polvo, y á Loredano le parecia que en esta

polvareda iban envueltas todas sus penas pasadas y que se las llevaba el viento como á ella.

Hallaba el cielo magnifico reflejando sus azulados colores en las aguas del Sena, y le parecía que todos los transeuntes que encontraba tenian un aire de alegría y se regocijaban al verle, como para felicitarle; de buena gana les hubiera gritado á todos:

— Mirad á mi hija ¡qué hermosa es!

En cuanto á Lilias, estaba contentísima. Hasta aquel dia no habia sabido nada de su familia, y las únicas semanas que habian sido dichosas para ella eran aquellas que habia pasado al lado de la condesa de Monte-Cristo.

Su corazoncito no tenia mas que tres seres á quien amar: á mamá Elena, al tio José y á Cipriana.

A Cipriana, que no habia hecho mas que atravesar como una sombra en sus sueños de niña, pero que á pesar de esta fugaz aparicion habia dejado en su imaginacion infantil un rastro imborrable de encanto, de gracia y de cariño.

Ademas, ¿no le habia dicho aquella mañana la condesa: Es menester que quieras mucho á Cipriana?

Y desde aquella mañana, Lilias no habia dejado pasar un dia sin acordarse de aquella hermosa y encantadora jóven que la habia abrazado á la entrada del invernáculo.

¡Pobre Lilias! semejantes recuerdos eran bien raros en su infancia abandonada...

Cuando echaba una mirada sobre lo pasado, — los niños que no han conocido una madre tienen la meditacion precoz y sienten las penas de la edad madura, — entonces volvia á ver la pequeña alqueria en que habia sido criada por una nodriza mercenaria.

El estrecho cercado en donde pacía una vaca, el corral oscuro en donde brincaban los conejos en medio de un enjambre de gallinas; el seto de espino-albar por encima del cual se veia aquí y allí la copa redonda y empolvada de un manzano en flor.

Hasta la edad de cuatro años habia permanecido en aquel caserío, mezclada con los hermanos y hermanas de leche, aunque sintiéndose ya superior á ellos.

Tenia lindos vestiditos con flores, bonitas camisas bordadas, y la llamaban: señorita.

Pero á pesar de esto sabia muy bien y lo sentia mejor, que era mas desgraciada que sus compañeras con vestidos de indiana ó tela burda, porque habia sorprendido muchas veces á la buena aldeana con los ojos llenos de lágrimas y fijos en ella, y le habia oído murmurar bien á menudo:

— ¡Pobre niña!

Una señora, cubierta con un velo, habia venido á verla una ó dos veces.

Señora á quien recibian con el mayor respeto, que la tomaba en sus brazos, la devoraba con la vista y le hacia mil apasionadas y tiernas caricias.

Y cuando la señora se habia marchado, la nodriza le habia dicho:

— Lilias, esa señora es tu madre.

Pero en vano habia tratado despues de recordar en su memoria las facciones confusas de aquella señora. En cer-

rando los ojos, ya no veia en medio de las espesas nieblas de su imaginacion sino una forma vaga, vestida de negro, con largos rizos á la inglesa que flotaban á cada uno de los lados de un rostro melancólico.

Esta forma indistinta, enlutada y cubierta como una pintura al pastel medio borrada, era la única nocion que tenia de su madre.

De su padre no tenia la menor idea.

Segun su imaginacion infantil se lo representaba, un padre era un ser casi divino, misterioso y poderoso, una cosa asi parecida como á un ángel custodio á quien no se ve nunca, y que, sin embargo, vela constantemente por nosotros.

Y héte aquí que de repente y cuando menos lo esperaba, se le aparece este genio protector, este padre: y venia como se refiere en los cuentos de las hadas, en un hermoso coche de dos caballos, y la llevaba á no sé qué palacio fabuloso en donde ella esperaba encontrar á todas aquellas personas que ella amaba.

Su pobre corazoncito latia con esta esperanza y con la de volver á encontrar en él á la señora del velo negro con sus largos rizos á la inglesa.

¡A su madre!...

El coche habia recorrido en toda su longitud la gran calzada del paseo de los Campos Eliseos y daba la vuelta por el puente de la Concordia.

Y sin embargo, Lilias y Loredano no se habian dicho todavía mas que dos palabras:

— ¡Hija mia!... ¡Papá mio!...

Cuando las anchas y macizas puertas del palacio de la calle de Varennes se abrieron como en los dias de grandes recepciones, hubo una especie de fiesta en la casa sombría y desierta.

El conde, radiante y contento cual no se le habia visto hacia mucho tiempo, saltó desde el estribo del coche al peristilo y subió la escalinata sin agarrarse á la barandilla, como otras veces lo hacia de ordinario y casi arrastrando los piés.

Parecia que con su felicidad habia vuelto á encontrar al mismo tiempo su pasada juventud.

El vestibulo sombrío se iluminó ante la suave aparicion de Lilias, y los vetustos retratos que guarnecian sus paredes parecia como que se sonreian.

Las caras ceñudas de los criados, que se modulaban por la que presentaba el dueño de la casa, tomaron un aspecto alegre, y Loredano les gritó al entrar:

— Id á avisar á mi hija que le traigo una hermana...

No hubo necesidad de ir á buscarla muy lejos, porque Cipriana estaba en acecho espionando la vuelta de su padre.

Durante todo el dia, tambien ella habia estado pensando en aquella palabra que le habia dicho al oído su padre al tiempo de marcharse: — ¡Lilias!

Y lejos de tener envidia, la generosa jóven daba gracias á Dios por aquel milagro que traia la paz y la reconciliación á aquel hogar maldito.

¿Cómo se habia obrado ese milagro? ¿Conocia el conde



Lilias, ¿quieres que sea yo tu mamita?

el secreto del nacimiento de Lilias? Cipriana no lo sabía; pero no se inquietaba por eso.

Su conducta estaba trazada de antemano: debía amar á esta huérfana como una hermana mayor, como una madre, y ni sabía ni quería tampoco saber más.

Al dar estas órdenes, el conde había subido las escaleras de dos en dos, y los lacayos pasmados lo seguían con la vista y se decían entre sí:

— ¡Qué jóven es, cuando esta mañana parecía todavía tan viejo!

Lilias iba detrás de él saltando como una cervatilla al través del enramado.

¡Vaya! ¿cómo no había de ser así, cuando el palacio de las hadas iba á abrirse?

Puede apostarse, con seguridad de ganar, á que la pobre niña iba pensando en ver trasformarse las calabazas en carrozas doradas, y que pensaba en los ratoncitos cambiados en lacayos y en los lindos zapatitos de raso.

Las huérfanas todas se aplican á sí mismas la interesante y mágica historia de la Puerca Cenicienta.

Pero lo que ella encontró detrás de la puerta valía mil veces más que el zapatito de raso, los ratones-lacayos y las

carrozas doradas salidas de una calabaza al contacto de la varita mágica de la hada.

Era la fraternal sonrisa y los brazos tendidos de Cipriana.

La jóven encantadora del invernáculo, aquella misma á quien la condesa de Monte-Cristo le había dicho: — Es menester que la ames mucho.

¡Ay! todas las alegrías y satisfacciones humanas, por una ley inexorable de la naturaleza, van siempre mezcladas con alguna pena, sin lo cual nuestra alma no podría quizás soportarlos sin sucumbir.

La señora enlutada, la de los rizos á la inglesa, no estaba allí.

Así, después de haber pasado el primer movimiento de gozo al ver á Cipriana, Lilias paseó su vista por el cuarto como para buscar á alguna persona ausente; sus ojos dilatados é inquietos preguntaron alternativamente á Cipriana y á Loredano, y cubriéndose de lágrimas en seguida, preguntó:

— ¿Y mamá?...

M. de Puysaie bajaba los ojos, y no sabía qué responder.

Pero Cipriana, con un arranque vivo y apasionado, cogiendo á la niña entre sus brazos y besando sus mejillas sonrosadas y su frente cubierta con sus rizos dorados, le dijo muy despacito al oído algunas palabras:

— Lilias, ¿quieres que sea yo tu mamita?

Y Lilias, sonriéndose al través de sus lágrimas, echó sus bracitos al rededor del cuello de Cipriana, y apretándola hasta casi sofocarla, exclamó:

— ¡Oh! sí, sí, señorita...

Y el pacto quedó confirmado con una nueva caricia bajo las enternecidas miradas del conde.

¡Cipriana!

Sí, la misma Cipriana era la que la niña estrechaba en sus brazos; el sueño de Lilias se había realizado: era aquella misma jóven encantadora á quien la condesa Elena le había dicho que amase.

Amarla mucho; ¡oh! sí, desde la primera mirada, desde la primera palabra, su corazoncito tierno y sencillo había volado hácia ella.

Sería pues, para ella, una tarea fácil, un encargo muy dulce que cumplir el de amar á aquella madrecita de diez y ocho años.

— Tú serás mi hija, le había dicho Cipriana en voz baja.

Las jovencitas que salen del colegio y acaban de dejar las muñecas, desean todas ver niños: un niño sonrosado y blanco que sea el retrato del padre querido y que lo recuerde á cada paso.

¡Ay! separada para siempre de José, Cipriana había visto cerrarse eternamente para ella el paraíso celestial de las madres jóvenes.

Mas como sabía también al mismo tiempo los vínculos secretos que la unían á Lilias, y como estaba resuelta á sacrificarse, daba en su interior gracias á los protectores desconocidos por aquel alimento inesperado que enviaban á las necesidades afectuosas de su amante corazón.

— Tú serás mi hija, había dicho muy despacito á Lilias, y la encantadora niña había respondido todavía más despacito, con aquella palabra tierna y dulce que se había escapado tantas veces en sus ensueños del colegio, con ansiosa congoja; le había respondido diciéndola:

— ¡Mamá!

¡Mamá!... ¡hija mía! — No os burleis de los juegos infantiles del colegio, de esas maternidades ficticias que las grandes tienen por las *pequeñitas*. Desde la muñeca hasta el hijo adoptivo que ellas protegen, ó hasta aquel que han llevado en sus entrañas y alimentado con la leche de sus pechos, todas las mujeres son natural é instintivamente madres.

Sus debilidades, sus caprichos, sus extravagancias continuas, no son debidas sino á su mala educación; pero siempre valdrán mucho más que el hombre que sea su dueño, porque ellas aman.

El conde, enternecido, consideraba aquel interesante espectáculo de una madre virgen abrazando á su hija.

No sabía ni conocía todo el heroísmo de que Cipriana

daba pruebas estrechando así sobre su corazón á aquella que era la causa primordial y única de su desgracia.

Porque, en definitiva, ¿no era Cipriana la que cargaba con todo el peso del nacimiento ilegítimo de Lilias?

Pero, aunque sin poder apreciar toda la grandeza del sacrificio, Loredano miraba con gozo mezclado de no sé qué emoción íntima que le removía las entrañas, la acogida cordial que la hija adoptiva recibía de la *hija legal*.

Y, á su vez, sentía su injusticia y se arrepentía de haber hecho cargar á la hija con la culpa de la madre.

¡Ah! pensaba en su interior, ¡cómo me habría amado si el coronel no me hubiese dicho nada y si yo hubiese podido decirle al abrazarla con sincera efusión: ¡Hija mía!

Cipriana se volvió riendo — y con qué risa angelical — hácia el conde de Puysaie, y le dijo:

— Así, queda convenido, papá, ¿no es verdad? que me la dais á mí, á mi sola.

— Sí, enteramente para vos... solo que ya me la prestéis algunas veces, ¿no es verdad, Ciprianita?

Quería bromear, seguir bromeando como siempre, según su costumbre.

Se avergonzaba de su propia emoción, de sus tristezas y de sus alegrías.

Sabía, como diplomático, que debe uno aparecer impasible, y con sus bromas irónicas y burlonas se había hecho una careta de la que no podía desprenderse.

Pero las jovencitas no lo entienden de la misma manera.

Y de un brinco, desprendiéndose Lilias de los brazos de Cipriana, que no hizo ningun esfuerzo para retenerla, se abalanzó al cuello del conde.

Es que en su soledad y en sus ensueños, al mismo tiempo que ella decía « Mamá mía », también pronunciaba estas otras dos palabras: « Papá mio. »

Y á la verdad, yo no podría decir á cuál de los dos quería más: si á Cipriana, á quien había visto hacia mucho tiempo, ó á Loredano, á quien veía aquel día por la primera vez.

Estas niñas son muy astutas, y los *Niños terribles* de nuestro maestro Gavarni tienen también su reverso y contrapartida bien tiernos.

Desde la primera mirada, Lilias había comprendido — ¿cómo fué eso? — sin duda por instinto — que Loredano la amaba con la misma pasión é interés que se pone en un recurso en gracia.

Y había dicho para sí:

— Sin duda ninguna este es mi padre.

Aquel padre misterioso de quien le habían hablado durante toda su infancia como de un ser sobrenatural, casi divino, del cual había estado privada.

Además, se acordaba de haber oído decir por lo baja muchas veces á sus maestras:

— ¡Pobre niña, que no tiene padre!

Y, como por esas cabecitas de niños atraviesan muchas veces singulares ideas, hasta había dado un sentido místico á las primeras palabras de aquella oración que le hacían rezar todos los días: « Padre nuestro que estás en los Cielos... »

Pues bien, según ella, aquel *Padre*, aquel protector, acababa de presentarse de repente.

— Este señor es tu padre, le había dicho madama Gosse.

Y Loredano había repetido :

— Yo soy tu padre.

— No soy egoísta, dijo Cipriana con su voz melodiosa como la de una alondra; será de ambos.

— ¡Oh! sí, exclamó M. de Puysaie impulsado por un arranque de emoción; será de los dos. — El diplomático había desaparecido en este momento. — Esta será de ambos y vosotras dos lo seréis mías. ¡Cipriana! ¡Lilias! queridas hijas mías, venid á mis brazos, á que vuestros corazones sientan palpar el mío rejuvenecido. Vosotras me dais el primer día de una felicidad completa que no he conocido hace diez años.

Hablaba con toda sinceridad: había olvidado todos sus sinsabores. El pobre corazón del conde Loredano de Puysaie era verdaderamente un gran corazón.

Un corazón á quien la educación había acostumbrado á la desconfianza, mientras que por su naturaleza era inclinado á la expansión.

Entre él y Hortensia no había habido más que una mala inteligencia, un rubor recíproco de confesarse uno á otro. Si hubiese habido una hora de expansión entre ellos, habrían podido evitarse todos los disgustos y las desgracias que los habían alejado á uno del otro.

Si Hortensia le hubiese contado franca y sencillamente la historia del caballero de Alizes, sin duda alguna habría perdonado aquel sueño vaporoso de joven, sueño involuntario que toda doncella se hace y para el que encuentra materia en el limbo de su corazón virgen.

Pero no: en seguida había creído con la mayor confianza todas las monstruosidades que su imaginación acalorada le representaba.

Esto había engendrado naturalmente el temor en su mujer y había abierto entre ambos ese abismo sin fondo: — el silencio.

Ambos á dos habían atravesado la vida marchando uno al lado de otro, sin interrogarse nunca, como desconocidos, ¡cuando solo hubiese bastado una sola palabra para fundir sus dos corazones en uno solo!

Esa palabra no había sido pronunciada nunca: y cuanto más culpable se sentía madama de Puysaie, tanto menos podía decirlo.

Y Cipriana, en su inocencia y su candor, acababa de encontrar hoy esa palabra sacramental que producía la unión y el perdón mutuo de sus faltas recíprocas bajo la fórmula de:

— ¡Esta será mi hija!...

Hé aquí pues reconstituida la familia, vuelto á encenderse el hogar apagado, la duda cambiada en fé, y en amor la frialdad invencible; y ¿cuál había sido el guion y conducto por donde habían vuelto á unirse aquellos corazones que se creían separados para siempre?

La sonrisa de una niña, dos tiernos bracitos rodeados á dos cuellos, una palabra, una mirada, un beso.

¡Lilias!

¡Oh dulce y tierna niña! instrumentos tales como tú, inconscientes del encanto que ejercen, son generalmente de los que se sirve la Providencia casi siempre; tú eras la que había empleado para llevar á cabo sus generosos designios tu otra Providencia llamada la condesa de Monte-Cristo.

Y de esas dobles ruinas, de las ruinas de aquella alma y de las ruinas de aquella casa, brotan repentinamente mil florecencias, así como de esos castillos desmantelados de donde se ven salir en la primavera capas de verdor y de flores que los cubren enteramente.

En un solo abrazo, el conde reunía á Lilias y á Cipriana. — Lilias, el representante vivo de su falta, puesto que él la creía el fruto bastardo de un amor culpable.

Y ya no sentía en su corazón, antes triste y afligido, ni remordimiento, ni rencor; ¡tan grande es vuestro poder, oh hermosura eterna, eterna juventud, amor eterno!

Era dichoso, completamente dichoso de poder conciliar esas cosas inconciliables, de poder reunir en su alma en un mismo sentimiento de afecto, bajo la forma viva de su hermana y de su hija, los dos amores que se habían dividido su existencia: el amor de su querida y el amor de su mujer.

¿Es pues posible hacer salir la dicha de dos amores perdidos?...

Los tres, con los brazos entrelazados, y disputándose Loredano y Cipriana las caricias de Lilias, formaban un grupo encantador.

Mas los brazos se desenlazaron de repente y los labios pusieron fin á sus interminables caricias.

El enemigo común acababa de introducirse en el cuarto. El coronel Fritz.

Como si hubiese presentado el peligro, Lilias corrió á refugiarse entre los pliegues del vestido maternal de Cipriana.

Este hombre que al entrar en aquella casa había traído á ella tanta tristeza y tanto desconsuelo, ¿estaba también destinado á hacer perder aquella alegría suprema?

Loredano lo recibió con frialdad. Se había servido de él como cómplice de sus amores fáciles; pero un instinto de secreta repulsión le impulsaba á no hacerle el confidente de sus castas y tiernas expansiones.

Por envilecido que se sintiese, le parecía que aquel que había sido testigo de sus desarreglos no podía serlo al mismo tiempo de su nueva paternidad.

Sin embargo, como Fritz era el comensal asiduo de la casa, era preciso que conociese á Lilias y supiese el puesto que iba á ocupar en lo sucesivo en el hogar doméstico del conde.

Tomando á la niña por la mano, se la presentó diciéndole:

— Mi hija Lilias.

Al oír este nombre, el coronel se puso pálido, pero reponiéndose inmediatamente y dirigiéndose hácia la niña, quiso darle un beso.

Loredano, que estaba muy lejos de sospechar lo que pasaba en el alma de su compañero, se sonreía á sus anchas con toda la expansión de su dicha.

Lilias saltó á los brazos de Cipriana, y á media voz, pero bastante alto para que Fritz lo oyese, le dijo:

— Mamita, impídele que me abraze: ¡oh! me da miedo!

## VIII

## M. GIGANT SALVA UNA SITUACION.

Al oír esta palabra — me da miedo — Fritz se puso lívido. Aunque el hombre sea un malvado maquiavélico, no deja por eso de ser padre.

Lilias, al fin y al cabo, era su hija, y oírse decir por su propia hija: — Me da miedo, — es cosa para trastornar hasta á un monstruo.

Desde que entró, al oír á Loredano presentarle la niña bajo la fórmula de:

— «Lilias, mi hija».

Creyó que todo estaba descubierto, y se preparó francamente al combate.

Pero Loredano no sabía una palabra; su franca sonrisa y su mano tendida lo indicaban claramente; pero el coronel no estaba preparado para soportar aquel dolor inesperado y repentino que le había causado el oír decir por su propia hija:

— «Me da miedo.»

Entonces, inclinándose con aire bastante embarazado:

— Veo, dijo, que yo os incomodo...

Hizo ademán de marcharse, y el conde no le retuvo...

Tan pronto como pasó el umbral del palacio de Puysaie, y se encontró solo en la acera, dió rienda suelta á la cólera furiosa de que estaba animado.

Esas almas bajas y ruines tienen, como todas las demás, la escala completa de los sentimientos humanos; pero por un fenómeno inherente á su naturaleza, los empeñan todos, aun hasta los más elevados y generosos.

Estos seres malditos llegan á ser, como los demás hombres, amantes, padres, amigos; pero desconfían de la amistad, porque es traidora.

Y de su amor, porque es falso.

Su odio es preferible.

Había amado á Hortensia con pasión, como él podía amarla.

Su corazón, para quien eran desconocidas las dulzuras de la abnegación y del sacrificio, era susceptible, sin embargo, de sentir una pasión.

Y á pesar de eso, sacrificaba á los más viles intereses á aquella mujer que había amado y que quizás amaba todavía.

Pero al sacrificarla, sentía perderla, y su tristeza agriada y transformada en odio, la hacía recaer sobre Loredano toda entera.

Y hé aquí que ahora, este rival, porque para el coronel el conde era un verdadero rival, después de haberse interpuesto entre él y su querida, le robaba también á su hija.

Lilias llamaba padre al conde, y del coronel decía: «Me da miedo.»

Y sordo, como el silbido de una víbora, salía de entre sus dientes apretados esta exclamación:

— Es preciso que yo le mate.

Distraído, iba andando á la aventura, recorriendo las calles según se presentaban delante de él, tratando de restablecer por el desorden y la rapidez de su marcha, la confusión de sus ideas y pensamientos.

Y de este modo, sin darse cuenta ni de lo que había andado, ni del tiempo que había trascurrido, se encontró, sin saber cómo, en el Faubourg-Montmartre, enfrente de la casa de M. Gigant.

La vista de esta casa le hizo detenerse, y después de una breve pausa, volvió á subir la calle hácia los bulevares, con paso sosegado.

Su primer ímpetu de cólera se había calmado: ahora reflexionaba.

La introducción de Lilias en el palacio de Puysaie, no era efecto de la casualidad, sino más bien, según su cálculo, el resultado de alguna intriga de M. Gigant.

Porque ¿quién otro sino él podía tener interés en ocuparse del palacio Puysaie?

Pero entonces, ¿por qué no había dado conocimiento de esta nueva combinación á su más íntimo asociado?

El coronel sospechaba alguna traición en este asunto; y como sabía que cuando se halla uno delante de su adversario en un duelo, el mejor medio de vencerlo es conservar la sangre fría, trataba de calmarse para recuperarla.

Se sentó delante de un café, tomó un vaso de limón helado á pequeños sorbitos, y en seguida se volvió á bajar hácia la calle de M. Gigant.

Se sentía ya dispuesto al combate.

Subió tranquilamente la escalera, y preguntó con la mayor calma si M. Gigant se hallaba en casa. Y después que los dependientes que lo conocían como á uno de los más asiduos parroquianos, le dijeron que sí, entró en el santuario reservado.

M. Gigant, que estaba papeleando en su escritorio, apenas si volvió la cabeza, y le dijo:

— ¡Ah! ¿sois vos, coronel?

— Sí, respondió Fritz secamente.

Y luego se sentó.

M. Gigant se sonreía con socarronería bajo capa; pero esta sonrisa hacía estremecer de espanto á los que le conocían.

— Y, preguntó con cierto aire de indiferencia, sin dejar de papelear, ¿qué noticias tenemos?

— Muy curiosas, contestó Fritz con un tono incisivo como la punta de un bisturí.

— ¡Ah! exclamó M. Gigant, sin dejar de revolver sus papeletes.

A pesar del propósito que se había formado de conservar